

JOSÉ M. AICARDO S. J.

Hablar... por hablar

DIALOGOS

sobre la

Casa del Niño Jesús

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

OPUSCULOS SEGUNDO

Málaga

IMPRENTA DEL NIÑO JESÚS

1930

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse

dentro de la sala de lectura



Hablar... por hablar

OPUSCULO SEGUNDO

MADEIRA

IMPRESSA DEL SR. JESUS

1892

Irta.

Sofia W. Mann

10 March 30

Wm Hicard

JOSÉ M. AICARDO S. J.

DIALOGO TERCERO

Hablar... porhablar

DÍALOGOS

sobre la

Casa del Niño Jesús

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

OPUSCULO SEGUNDO

R. 34.804

Málaga

IMPRENTA DEL NIÑO JESÚS
1929



JOSE M. VICARIO S. J.

Epistolar... notarial

Epistolar

Epistolar

Epistolar

Epistolar

Epistolar

Epistolar

Epistolar

Epistolar

DIÁLOGO TERCERO

Personas:

Este, Esa y Aquél, conocidos ya de los lectores, que hayan tenido paciencia para tragar los diálogos precedentes.

**Fulano, Zutano, Perengano, El Uno,
El Otro, El de más allá,**

que salen por primera vez a escena y que irán descubriéndose y dándose a conocer por sus palabras. Los trajes de los tres primeros son los propios de la Casa del Niño Jesús, esto es, alpargata blanca, pantalón y guerrera azules en mayor o menor estado de conservación, según su edad y el día de la semana que sea.

Los trajes de **El Uno, El Otro y El de más allá** son caprichosos. Chaquetón sin mangas o con una menos, chaqueta fantasma con ventanas

para la ventilación, calzones cortos o largo más traídos que llevados y que ponen al descubierto lo que tratan de cubrir, camisa agironada y sin cuello, o ninguna camisa más que la que tuvieron al nacer, zapatos de un diſunto mayor o alpargatas viejas o el calloso pie desnudo... en ſin; la mayor variedad de madetos de El Aguila, que compiten con las greñas a lo Meduza, fértil pradera de poderosos muros que viven allí y al rededor del cuello a sus anchas. Pintelos como quitera el lector y no llegará al retablo de mugre, pioſos, desnudez, miſeria y abandono en que se acercan a nuestras puertas esas criaturas de Dios esos retratos de Jesús Pobre.

Aquel se encuentra en el ya conocido patio de la Casa del Niño Jesús, casi sólo. El Uno sirve de portero y por el patio pasa de cuando en cuando un Vigilante y no se oye más que el ruido monótono del motor y de la máquina de la imprenta. Las Señoras están en sus oficios, los chaveas en los talleres. Suena la campanilla y entra nuestro amigo Este.

Aquel. Retrasadillos andamos, buen amigo.

Este. Menos de lo que V. piensa.

Aquel. Misterios?

Este. Ninguno. He querido antes de venir darme una vuelta por el muelle y documentarme bien.

Aquel. Lo celebro; con amigos así me gusta hablar.

Este. He andado, como le digo, por el muelle y allí hay un enjambre de vagamundos o atorrantes...

Aquel. (Llamando a El Uno). Ven acá. Dime quien anda ahora por el muelle.

El Uno. Yo qué sé.

Aquel. Sí hombre, quién andaba por allí ayer cuando tú viniste.

El Uno. Pos er Mellao, er Bizco, er Culoloco, er Guarropringue, er Catalán, er Vallaolid, y no me acuerdo de más.

Aquel. Y el Corpas y el Alférez?

El Uno. Se han ido a Barcelona y Valencia

Aquel. Y Rojo?

El Uno. A Granáa.

Aquel. Y Monterrubio?

El Uno. Anda tirando der copo.

Aquel. Y todos esos quieren venir?

El Uno. Si, pero les da fatiga.

Aquel. Por qué?

El Uno. Como se han ido varias veces...

Este. Y tienen razón. Chavea que se va, chavea que no debe volver.

Aquel. Anda a tu escalón que llaman a la puerta.

(Suena un sonoro campanillazo: El Uno abre su puerta y entra Esa como ya la han visto nuestros lectores. Este y Aquel se ponen en pie y tras unos saludos cortos y ceñidos vuelven a su faena con la ayuda de la nueva interlocutora.)

Aquel. Aquí nuestro común amigo Este formulaba una objeción y un principio de educación que no sé el juicio que a V. la merecerá.

Este. En efecto, decía yo que «chavea que se escapara, chavea que no debía volver». Lo cree V. un disparate?

Esa. Ya le dije al empezar estos momentos de charla inofensiva que llevamos veinte años luchando en esta Obra de Dios y que habemos oído cuanto se pueda oír. Esa ha sido una de las más graves objeciones a nuestro sistema y nos la han repetido personas gravísimas, respetabilísimas y de cuyo amor a la Obra no nos era posible dudar. Sírvale ya esto de argumento

que concluye con evidencia una de dos cosas: o que nosotros tenemos todos la cabeza que da quince y vaya a la del famoso aragonés que clavó con ella un clavo en una pared o que tenemos tanta evidencia de lo contrario que tales y tan grandes y tan queridas autoridades no nos han logrado mover.

Este. Será sin duda eso segundo, pero yo no lo comprendo.

Esa. Muchísimas gracias. No siempre nos hemos encontrado con adversarios tan caritativos y tan modestos, es decir, tan cristianos.

Aquel. Así es. Pero yo con permiso de Esa Señora voy a interrumpir el hilo de esa objeción y voy a poner otra, pues creo que es la original de que brotan como de raíz las demás. No parece algo raro amigo Este, que para educar esos potritos indómitos o esos gatos salvajes, que de todo habrá, y más aun, esos perros callejeros los dejemos en su libertad sin so-

meterlos a ese saludable encierro universalmente admitido?

Este. Se adelanta V., amigo, a mis pensamientos. Tanto me sorprende y me maravilla que creo no podrán ustedes conseguir nada mientras no tengan un edificio con cerca bien alta y los chaveas reclusos en él. Eso lo creo fundamental y el ejemplo de tantas instituciones así me lo persuado.

Aquel. Muy bien. En ese terreno le esperaba yo a usted.

Este. Pues ya hemos llegado, y esperanzas tengo de que me podré mantener en él.

Aqué. Yo seré el primero en alabárselo.

Esa. Y yo y todos los de esta Casa.

Aqué. Para comenzar bien le ruego a usted que pongamos con respeto a un lado ese argumento de autoridad que se reduce a la práctica constante observada en Asilos, Reformatorios, Hospicios y demás instituciones de misericordia. Esa práctica la confesamos ultroneamente y la respetamos por

las dignísimas personas que la tienen pero nos apartamos de ella. Ni es caso éste nuevo en la Iglesia de Dios, pues hasta el siglo XII la penitencia cristiana tuvo prácticas de ayunos, trabajos corporales, cilicios, cameuñas, silencio y soledad, pero nunca de azotes y disciplinas hasta que un oscuro anacoreta, después Sto. Domingo el Lorigado, la comenzó para provecho suyo y de muchos otros: antes de S. Ignacio de Loyola los eclesiásticos, singularmente los sacerdotes, no enseñaban sino ciencias altas morales, filosóficas y teológicas, teniendo a menos profesar la gramática y mucho más enseñar los niños a leer y los biógrafos del Santo tuvieron que defender esa práctica que después S. José de Calasanz, San Juan B. de la Salle y otros han generalizado.

Podríamos multiplicar los ejemplos. Pero esos bastan. La razón es que las prácticas adoptadas por bue-

nas no hacen malas a otras aunque sean diversas y aun contrarias, pues todas caben en los dilatados senos de la caridad de Cristo y todas las estrellas son gala del firmamento de la Iglesia. Vamos, pues, a razonar nuestro modo de proceder considerando la naturaleza del niño, las circunstancias del niño desamparado, lo que ha de ser la educación y formación infantil y nos contentaremos con que con esas razones prueben no que nuestro método es el único, sino que es fundado y digno de atención. No pedimos adhesión incondicional, sino respeto.

Esa La fuerza sin embargo de las razones...

Aquel. La fuerza de las razones tendrá su valor para nosotros y para preferir esta manera de hacer bien a otra cualquiera; podrá también servir para probar filosóficamente nuestras afirmaciones; pero en el caso presente y dirigiéndolas a un tal leal amigo no

tendrán más alcance que recabar para nosotros el respeto de que gozan los demás.

Este. Me tiene V. a su disposición.

Aquel. Pues vamos al avío. Notamos ante todo que ese sistema de encierro forzoso y verdadera reclusión no se emplea en todo su rigor o en toda su pureza sino con los niños pobres y desamparados y que se conceda toda libertad al muchacho y al joven acomodado. Frente a los asilos, reformatorios y casas de misericordia se levantan los colegios, institutos y universidades con sistemas diametralmente opuestos. Niños son los unos y niños los otros, peligros tienen éstos y peligros tienen aquéllos; inclinaciones torcidas, aturdimiento de edad, locuras de juventud, ignorancias e imprudencias de los pocos años tienen todos y...

Esa. Y podríamos añadir que mucho más.

Este. Mucho más?

Esa. No me vuelvo atrás. Los niños, como hoy día se llaman, niños bien, tienen a su alcance dineros u opinión de dineros, que son la llave de oro, de plata o de cobre, pero la llave de todas las diversiones que traen consigo pecados y desórdenes en el juego, la bebida y las otras cosas más afrentosas y más generalizadas. Ese dinero o esa opinión de dinero también engendra la liceicia, la petulancia, el orgullo, y todos los demás pecados y así se entiende que en igualdad de circunstancias más caídas y ruínas hay en la niñez y juventud adinerada que en la que es pobre de solemnidad.

Aquel. Sea de esto lo que fuere, decía yo que si ese sistema del encierro forzoso fuera el único procedimiento pedagógico para la educación del niño no se le debería negar al niño que por su misma clase social está llamada a ser más útil o más pernicioso a la sociedad. Empero no es así. Acaso se le deberá imponer esa reclusión por ser

pobre? es que entre cristianos la pobreza es un delito? es que es mayor delito que los que castiga el Código?

Este. Cree V. que el niño siente eso?

Aquel. Cree V. que la injuria depende de que el injuriado la aprecia o no? se puede violar a una persona borracha? se pueda robar a un menor de siete años porque no conozca el valor del dinero? Y quién nos ha dicho que ellos no lo sienten? quien nos ha revelado esa maravilla? Ahora verá V. amigo mío.

(Dirigese a los chaveas, que están jugando y llama a uno de ellos).

Fulano ven acá.

(Fulano deja su juego y llega con presteza y alegría. Es un zagalón sano, fuerte y alto: representa diez y siete años).

Fulano. Qué me manda V.?

Aquel. Este caballero desea conocerte. Vamos a ver. Tienes padres?

Fulano. No señor.

Aquel. Y madre?

Fulano. Tampoco.

Aquel. Dónde los perdiste?

Fulano. En Carcasona.

Aquel. Dónde estabas tú?

Fulano. En un asilo que llamaban «La Perreira».

Aquel. Comías bien?

Fulano. Mejor que aquí.

Aquel. Era buena la casa?

Fulano. Mejor que esta.

Aquel. Y entonces?

Fulano. Todavía me acuerdo y toda la vida me acordaré de los tres años que me tuvieron allí sin ver la calle.

Aquel. Qué delito habías cometido?

Fulano. Salirme del hospicio y yo tenía entonces nueve o diez años. Vamos que no me quiero acordar... Por eso me vine aquí.

Aquel. Anda a jugar.

(Fulano saluda con la cortesía que puede dando media vuelta se torna a su juego como un desesperado).

Aquél se sonríe y volviéndose a Este le dice:

Lo ve V. Siempre será verdad qu

non bene pro toto libertas venditur auro. La libertad, amigo, no tiene precio. Pues este caso no es aislado, ni excepcional. Por ahí anda, y es un honrado padre de familias, quien a los treinta y más años todavía piensa con dolor en los tiempos en que lo tuvieron de esa manera.

Este. Qué consecuencia vamos a sacar?

Aquel. Una muy sencilla. Yo considero a esos muchachos como unos pequeños Cristos que vienen a nuestras puertas acuciados y empujados por el hambre, la soledad y el frío de alma y de cuerpo y que en su desamparo traen consigo una joya de subidísimo valor. Vienen a pedirme lo que no tienen y yo a Cristo en ellos se lo voy a dar. Pero voy a despojarles de lo que tienen? voy a quitárselo cuando yo no puedo darle nada que lo compensa?

Este. Pero qué joya traen?

Aquel. La libertad, amigo, la libertad, que es una joya mejor que el oro; non

bene pro toto liberta
venditur auro. Vealo V. en
estimación humana y universal. Cu
es la mayor pena que después de
muerte, reconocen los códigos: la pe
dida de la libertad. ¿Cuál es el may
sacrificio que se aprecia en la mist
vida religiosa? El sacrificio de la
bertad. Cuando este sacrificio se i
pone se tiene el presidiario: cuan
este sacrificio se acepta se tiene el
ligioso. A los demás sacrificios, a
comida, al vestido, al sueño, a
mortificación corporal pueden ha
tuarse los sentidos: al sacrificio de
libertad es más difícil.

Este. Censura V. el método que se fun
en eso?

Aquel. No lo censuro. Digo sólo, que p
hacer una obra de caridad exige
sacrificio grandísimo y digo que
pobres que están en esas Casas,
están con gusto y amor, no se d
rencia de fervorosos religiosos y
eso se ven en ellos altísimas virtud

en cambio, los que aceptaron ese sacrificio por el hambre o la necesidad del día, cuando se ven libres de esa presión momentánea sólo por fuerza pueden perseverar y son continuamente piedras de escándalo y motivo de dolor para los que tratan con ellos. Lo único que digo es, que aunque es verdad que para ejercer la beneficencia y caridad puede cada uno poner la condición que le plazca, nadie podrá negarnos el derecho de no ponerla, sobre todo siendo condición tan durísima. Lo único que digo es, que la filantropía laica que exige esta condición y persigue al pobre que no la devora no es caridad, ni es cristiana, sino que imitada y traída de los países protestantes tiene al pobre por criminal y trueca la colonia beneficiaria en verdadera colonia penitenciaria o presidio disimulado.

ste. Mirando las cosas así...

sa. Caballero, yo soy una pobre mujer sin ilustración y entiendo que las co-

sas no tienen más que un ver y que es una de tantas falsedades como dijo Campoamor, aquel aforismo escéptico del cristal con que se mira. El único cristal para no equivocarse es el blanco.

Este. Tiene V. razón, señora, pero yo decía que si la necesidad del mismo chavea obligara a privarle de la libertad; si no hubiera otro modo de conseguir nada de él...

Aqué. Presunción y muy vehemente contra esa necesidad es lo que apuntamos al empezar hoy, de que nunca se habla ni se echa mano de esto para la educación de los niños ricos o por lo menos no se impone con esa violencia. Mas dejemos ya la presunción entremos de lleno en la materia.

Este. Será punto interesante.

Aqué. Y no poco complejo.

Miremos la naturaleza del niño y la condición de la obra que nosotros emprendemos con él: queremos suplir

lo que tendría en circunstancias normales de la vida.

Esa. Ser padres de los que no lo tienen; dar casa y hogar a los que carecen de él.

Aquel. Pues bien, creemos que al hacer esto tanto mejor obraremos cuanto más intentamos imitar la obra de Dios, a quo omnis paternitas, de quien viene toda paternidad en el cielo y en la tierra y cuyos vicarios para con esos niños nos constituímos. Me parece que es en Roma donde tienen un parque zoológico, que alaban por la singular propiedad de tener a cada animal en un medio que remeda el medio en que nacieron y crecieron hasta que cayeron cautivos: allí hay leones entre peñascos y en cuevas artificiales, que quieren recordarle las del Atlas o del Himalaya; monos en selvas similitudinarias con ínfulas de las selvas vírgenes y pampas americanas; pájaros y aves en inmensos jaulones que quieren parecerse a la gran-

deza del firmamento; hipopótamos y otros anfibios a las corrientes de humildes regatuelos que se quieren palear con el Nilo o el Amazonas.

El conato se ve y es laudable: tomar la obra de Dios como pauta y regla de la obra del hombre. Pues he ahí algo de lo que debemos procurar en la educación: tomar la obra de Dios y según ella modelar la nuestra. Pues Dios N. S. ha puesto al niño en la familia con la libertad propia del hombre, si bien limitada por la condición de niño y haciendo como un aprendizaje de usarla bien. He ahí el modelo: ni anticipar la libertad viril a los años en que no se puede todavía usar con plenitud, ni negar sistemáticamente la que Dios N. S. ha otorgado a todo mortal. En el siglo pasado surgió en Francia el furor del internado-cuartel; diríase que las victorias de Napoleón, el servicio obligatorio y el espíritu imperialista francés había soplado por Europa y había transforma-

do la vida de familia en vida de campamento y había puesto de moda los internados rigurosos y militarizados. En España que, olvidando nuestra historia, imitamos a Francia nunca llegó el internado a lo que era entre nuestros vecinos y pronto se abrieron los ojos y se prefirió el externado. El externado conserva más huellas de la educación según el modelo divino. Hoy día se llega hasta lo que se llama la «Casa del Estudiante», pues vea V. amigo, lo que quiere ser la «Casa del Niño Jesús», esa Casa para trabajadores y estudiantes de aquellos que ni la tienen, ni la pueden por sí solos tener.

Este. En tesis no se le puede negar a V. la razón; pero ¿y los graves inconvenientes que eso tendrá y tener?

Aquel. Permítame V. aprovechar una idea que me saltea, si bien no encaja del todo en lo que V. dice. Hace unos años, no importa cuántos ni me acuerdo, que un doctor en Medicina, fa-

moso sin duda por sus méritos terapéuticos, pero más aún porque en la política había figurado como ministro de Marina, entró en una Academia Científica de Madrid y tomó por materia del discurso de recepción el cuerpo humano. El cuerpo humano! esa admirable máquina e instrumento del alma racional cuyas maravillas no bastan a declarar las lenguas todas de los hombres y de los ángeles y que mientras el microscopio más y más penetra en sus maravillas más y más pasma y sobrecoje la admiración de esa obra perfectísima de la Sabiduría y el Amor infinitos e increados. Pero nuestro recipiendario no vió así la proposición y queriendo ser nuevo fué blasfemo, y la emprendió con los defectos que a su ilustrado entender tiene el cuerpo humano y trató, naturalmente, de mejorarlo. Y era de ver! aquí añadido una costilla, aquí suprimo otra, allí cuelgo las orejas, acullá pongo un órgano nuevo, en fin, que

trató el cuerpo humano como los legisladores de las revoluciones tratan al cuerpo social. Yo leía tanto y tan impío despropósito y me iba figurando el monstruo que aquel infatuado mediquillo iba pergeñando y veía que si el cuerpo que Dios crió tiene naturales inconvenientes aquel ciempiés que en nombre de la ciencia iba describiendo la fatuidad era una máquina que no servía para nada.

Pues, amigo, no nos pase lo mismo en el orden moral y en el educativo. Tiempo hubo en que Europa constituía sus nacionalidades a la luz del derecho natural y del derecho revelado y aquellos pueblos y sociedades vivían con las imperfecciones y molestias inherentes a la limitación de los sujetos que en ella vivían y que las formaban; pero vino la Revolución del 793 y para mejorar al pueblo se deshizo todo, se olvidaron normas divinas y naturales del cuerpo social, se

constituyeron órganos vitales, se atrofiaron o debilitaron otros, se mudaron de lugar y categoría partes muy necesarias y los cánticos de adulación a la obra del hombre reformador del cuerpo social fueron interrumpidos por los alaridos y clamores de nuevas revoluciones que venían a reformar lo reformado y a poner de manifiesto la necesidad de los que quisieron poner manos inhumanas en la obra de Dios.

Acostumbrados a eso en el orden social y en el político, no tememos hacerlo también en la educación y olvidando el modelo divino de la familia, queremos remediar los naturales inconvenientes que tiene, porque los tiene que tener como todo lo humano, rompiendo el molde y quitando a la familia ese sello de la personalidad humana que es la libertad, siquiera moderada por la patria potestad. Con ello quitamos algunos inconvenientes empero ¿ha pensado V. si no incurrimos en otros peores?

Este. No veo cuáles...

Aquel. Pues el primero y fundamental es quitarle y estoy por decir que arrancarle de cuajo, a la educación y crianza del niño su carácter de familiar. El niño encerrado se ve preso y aquellas cercas altas, aquel desierto yermo que mira en derredor, el peligro de caer en manos de quien le persigue por el delito de irse, todo eso pone en la imaginación del niño la idea de un cautiverio, de un presidio, a mucho tirar, de un cuartel donde como dijo aquel orador se da culto a una esclavitud con uniforme. Por ninguna parte aparecen la madre, el padre, los hermanos, la familia, todo eso ha sido sustituido.

Este. Pero el trato puede ser de hijos.

Aquel. Recuerde V. lo que acaece con el ejército. Coroneles hay que honran su graduación y hablan y tratan a los soldados como a hijos, como a hijos los reprenden y los estimulan, como a hijos les hablan y les aconsejan; pero

la misma alabanza que se les da por ello es todo un poema: eso no es lo ordinario, y aunque sea muy común, con todo se tiene siempre por excepcional. Pues de aquí tienen que brotar muchos y graves inconvenientes. Las faltas de los muchachos, que siempre hay que contar con ellas, tomarán fácilmente carácter hostil, los castigos de que no se puede prescindir en esa edad, amargarán o caerán con amarguras en ánimos amargados; la chispa de la desobediencia se podrá trocar en el incendio de un plante o de una rebelión; las venganzas infantiles podrán parecer y ser agresiones, en una palabra, tendremos el presidio infantil. De aquí vendrá necesariamente la reacción de la autoridad y vendrán los métodos de castigo, las sospechas, las tiranteces y todo lo demás, justificado hasta cierto punto pero que hacen más y más agria la vida y duras las mutuas relaciones de niños con superiores. Mirelo V. en el famoso proble-

ma social. Roto el vínculo de la caridad cristiana por la que la servidumbre era una parte de la familia y amos y criados se miraban como miembros de la misma casa, sobreviene lo que lógicamente tiene que sobrevenir, la huelga, la mutua explotación, la guerra solapada o franca, la fuerza decidiendo de los conflictos, en fin, todo géneros de males cubiertos con las frases de justicia y de derecho, que no tienen entrañas de amor.

Este. Me quiere V. sacar un fervoroso admirador de ese método pedagógico?

Esa. Nada perderíamos en ello.

Aquel. V. salga lo que Dios, que es Verdad, le inspire, más no deje de reconocernos cierto derecho a encauzar nuestra caridad por esos caminos.

Este. Y nunca, nunca se podrá disminuir o quitar esa libertad?

Aquel. Ponga V. ejemplo en cualquiera otro de los bienes con que se nos presenta el pobre, en la vista, pongo por caso. ¿Cuándo se le podrá tapar los

ojos al pobre a quien se le acoge?
Este. Cuándo y en la medida que su bien
 lo exija.

Aquel. Pues al niño desamparado se le
 privará de la libertad cuando y en la
 medida que su bien lo exija.





DIÁLOGO CUARTO

La decoración y las personas del diálogo tercero

Éste. Con que V. me concede que hay casos en que se les puede y aun debe privar de la libertad física y civil.

Aqué. Pues quién puede negar eso?

Este. Nadie.

Aqué. Vamos a ver ¿qué consecuencia saca usted, o qué principio establece fundado en tal concesión para corroborar su tesis de que mientras no se encierre a estos pobres desamparados no se hará nada con ellos?

Este. Yo discurro de esta manera. Estos vagamundos o atorrantes o como us-

ted quiera llamarlos son la hez de la sociedad; tirados por esos muelles y por esas plazas son unos, fugitivos de sus casas, otros no la han tenido nunca, no quieren trabajar, viven de la ratería y del vicio, han aprendido a jugar, a engañar, a mentir, a huir de la autoridad, a ser dentro de ciudades como Málaga una tribu o una kábila salvaje. En una palabra, cuando andan así por algo será.

Aqué. Ha concluído V.?

Esa. Seguramente que se quedará usted descansado.

Éste. No creo haber dicho nada que no digan otros.

Aqué. Corrijase V., amigo: «que no digan casi todos.»

Este. Ve V. señora.

Esa. Que si lo veo: hace veinte años que lo estoy viendo. Ni en los talleres, ni en las casas particulares, ni en los centros oficiales, ni en las mismas casas de beneficencia, oficial o privadas escuchamos otra cantinela. Ese es

obligado estribillo que se pone o a la la limosna que se da, o a la limosna que se niega.

Este. Pues cuando todos lo dicen...

Aqué. Vamos a ver si tienen razón.

(A una seña de Aquél, para de jugar Zutano que representa unos diez y seis años: es vivo, moreno, feote pero agraciado, está sucio como de haber venido de una fundición o mecánica. Saluda a su manera.)

Aqué. Vamos, Zutano, Este caballero quiere saber algo de tu vida.

Zutano V. dirá.

Aqué. Cuántos años llevas tú en esta Casa

Zutano Por los Santos hizo cuatro.

Aqué. Y antes por dónde andabas?

Zutano Por el muelle.

Aqué. Eras atorrante.

Zutano Y qué iba a ser?

Aqué. Por qué?

Zutano Yo no he conocido a mi padre, mi madre se murió en el hospital, me recogió una abuela que también se murió; en la Misericordia me pedían

una pila de papeles y yo no tenía para comer. Me fuí al muelle.

Aqué. (A Éste.) Lo está V. viendo?

(Zutano se va.)

Ve V. amigo, cómo por algo andaba esa criatura por el muelle: porque no tenía casa, ni calor, ni amor, ni familia; porque al verlo roto y con las carnes al aire le llamaron granuja y golfo y sinvergüenza, porque al verle dormir por los escalones o pedir comida en los barcos lo persiguieron y hostigaron; porque...

Éste. Sí, hombre, sí; por algo andaba por ahí, por algo.

Aqué. Pues vea V. otro ejemplo.

(Llama con la mano a otro de los chaveas que juegan por allí. Perengano, que así lo llamamos responde y se presenta. Es un mozo de unos 15 años, sonrosado, grueso y que por las espaldas trae todavía el serrín del taller. Debe estar en la "Aserradora Malagueña,,")

Aquél. Te llamo para que nos respondas la verdad.

Peren. Como V. quiera.

Aquél. Tienes padre?

Peren. Yo qué sé.

Aquél. Cómo?

Peren. Mi padre se fué a Melilla o Tánger hará unos seis años y no no hace caso de nosotros ni hemos sabido más de él.

Aquél. Tienes madre?

Peren. Sí señor.

Este. Te saliste tú de tu casa?

Peren. Sí, señor.

Este. Por qué?

Peren. Porque no podía vivir allí.

Este. Era pobre tu madre?

Peren. Era y es pobre, con ella pobre hubiera yo estado. Pero mi padrastro no me puede ver.

Aquél. Anda, vete a jugar.

Peren. Con su permiso. (Vase.)

Aquél. Lo ha entendido V.?

Este. Creo que sí. Un abismo de miseria moral.

Aqué. Por algo, sí, por algo anda vagabunda esa pobre criatura, porque un padre descastado huyó y en su casa un miserable que no es nada usurpa el nombre de padre... por algo será...

Este. Son casos muy particulares.

Aqué. No, amigo mío, no son casos particulares. Muchos de esos que V. contempla llegan a nuestras puertas porque la muerte los ha dejado sin arrimo y sin casa, o porque un padre o una madre enfermos en el hospital no pueden valerlos o porque todas esas cosas que minan y disuelven la familia se conjuraron para dejarlos sin ella y todos esos por algo han andado durmiendo por escalones y por algo se han acogido a esta Casa.

Este. Pero V. no podrá negar que hay niños delincuentes.

Aqué. También los tenemos aquí.

(Nuestros interlocutores se levantan y atraviesan el patio conocida de los lectores y pasando por un patinillo húmedo y ruin entran en la llamada "Casa de Detención,,")

Aqué. Esta es la Casa de detenidos, el verdadero Correccional. Aquí tiene V. a unos que voluntariamente quieren entrar en la Casa del Niño Jesús y se han entregado a la autoridad o por camino más corto han venido a la puerta solicitando el ingreso y a otros que los han traído por orden gubernativa.

Este. Entre esos estarán los delincuentes.

Aqué. Naturalmente. Ea, acérquense.

(A estas palabras rodean a los interlocutores todos los que allí se encuentran, que serán de diez a veinte con los trajes caprichosos que al empezar se describieron. Entre ellos sobresalen El Uno El Otro y El de más allá sobre los cuales van a llover las preguntas de Este, Esa y Aqué.)

Esa. (Dirigiéndose a El Otro.) Tú, cuándo has venido?

El Uno Esta noche.

Esa. Quién te trajo?

El Uno La pareja.

Esa. Por qué?

El Uno Porque yo y ese (señalando a El Otro) estábamos durmiendo en un escalón.

Este. (Dirigiéndose a El Otro.) Y tú buena facha, quién te ha traído?

El Otro Los disgustaos.

Este. Por hurto?

El Otro No, señor: porque corrimos a un guardia. Estábamos en el mercado para ver si podíamos pillar algo para comer y pillamos un melón. Eramos tres: nos vió un guardia y nos quiso coger, el que tenía el melón se lo echó al otro y cada uno salió corriendo por su lado; a mí que era el más chico me cogieron.

Aquél. Y tú (a El de más allá que representa sus diez y seis años.

El de. Por viajar en billete de tope.

Aquél. De dónde venías?

El de. De Segovia, y me cogieron entre Campanillas y Málaga.

Aquél. Adiós, buenos mozos.

Todos. Con Dios. (Se retiran a su departamento).

Aquél. Para que V. confirme estas impresiones le ofrezco a V. los oficios de

la Autoridad con los cuales nos entregan esas criaturas. Véalos V. Por hallarlos sin domicilio, por entregarse ellos a la autoridad para que los condujeran aquí, por mendigar en la vía pública, por ejercer de betuneros sin licencia ni chapa, por dormir en los escalones, por quitar membrillos, o naranjas en los mercados y también, no hay por qué ocultarlo, tiene V. algunos, aunque pocos, por jugar a la baraja y por complicación en hurtos de alguna significación.

De todo lo cual en resumen se deduce que la totalidad moral de estas criaturas son desgraciados y verdaderos desamparados; que los mismos que han dado algunos pasos por malos caminos han sido víctimas de otros que los han engreído o han sido como llevados allá por el hambre y la necesidad o se han sentido acorralados, perseguidos, hostigados por todas partes y no pudiendo ganarse un real ni siquiera de limpiabotas ni

haciendo mandados en la estación han buscado un pan o frutas donde las había. Si esta criminalidad merece a todos esos muchachos huérfanos, desamparados y malos se les prive para siempre de la libertad civil y se les recluya de por vida, opino yo, que la mayor parte de los españoles y estoy por decir que de los hombres no deben gozar de libertad ni aun provisional.

Este. Veo que tiene V. razón y yo se la concedo.

Esa. Concesión que le honra.

Este. Gracias, señora. Pero en cambio concédanme Vdes. algo.

Aquél. Hable V.

Este No estará justificado ese procedimiento de encierro por las costumbres de esos desgraciados por aquello de que la cabra tira al monte y quien malas mañas ha...?

Aquél. Sí, amigo mío; ese procedimiento está justificado cuando se mira este asunto como cuestión de ornato públi-

co; cuando al pobre y mucho más al chico pobre se le mira solamente como una horrrura de la ciudad, como un andrajo humano que hay que quitar de la vista para que los extranjeros que vienen para dos días a Málaga no los vean y para eso no se repara en hacer desgraciados, mucho más desgraciados de lo que lo son, a muchos españoles hermanos nuestros para que no pasen mal rato unos cuantos ingleses o yanquis que vienen a divertirse a costa nuestra. Mire V. así este tema, que es como lo miraban los señores de la famosa encuesta, y entonces no el presidio disfrazado, sino la estufa de asfixia será lo que corresponde.

Este. Dura es esa palabra.

Aquél. En su corazón no le parece a usted dura.

Esa. Yo, yo he oído frases que sacan verdadera la de nuestro amigo.

Aquél. V. no puede compartir ese criterio.

Este. De ningún modo.

Aqué. Volvamos a nuestro punto de vista. Esos chaveas son hermanos nuestros, son hijos de Dios, son imágenes de Jesucristo, son seres humanos a quien no tratamos de esconder para que no lo vean los turistas, sino a quien tratamos de beneficiar, de educar, de perfeccionar.

Este. Así es.

Aqué. Pues si es así, oiga V. mi proposición: en ellos es más contraproducente el sistema de encierro que en cualquier otro muchacho.

Este. Atrevida es la proposición.

Aqué. Vamos por partes. Estas criaturas a quien ocultos juicios divinos y siempre amorosos han quitado los bienes de la tierra hasta el extremo que todos deploramos no han conservado más bien que su libertad, que aman con todo el amor que no han podido compartir con otros bienes.

Más precia el ruiseñor su pobre nido de plumas y leves pajas, más sus quejas

en el bosque repuesto y escondido
que halagar lisonjero las orejas
de algún príncipe ilustre, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

Pues finjase, amigo mío, nuestro
ruiseñor consciente de que no tiene
nada más que esa libertad y dígame
por su vida cuánto la amará. Con qué
gusto he oído hace pocos días una
frase de aquella insigne mujer, gloria
de Málaga, que tiene en Málaga una
calle, pero a quien falta una estatua,
Doña Trinidad Grund, digo, la cual
solía decir; no tienen los pobres más
que su libertad, pues dejémosle en li-
bertad. Frase digna de un alma carita-
tiva que no quiere añadir aflicción
al ailligido.

Este. Pero ¿y los bienes de esa educación?

Aqué. Pues consideremos el estado moral
de esas criatuaas. Sea la muerte, sea
otra cosa mucho peor que la muerte, a
esos niños algo muy duro, una mano
muy fria y muy dura deshizo el nido,

deshecho la familia y esas criaturas o no han conocido el amor de los padres o se acuerdan de él como cosa muy alejada, como un débil recuerdo triste. Los hay para quienes este amor fué sustituido por el de una tía, por el de una pobre abuela la que acaso está en las Hermanitas de los pobres, o por el de una vecina misericordiosa: todos esos son sustitutivos y cuán fríos!

Pues si no es la muerte, al fin y al cabo inculpable mensajera de Dios, sino otra cosa donde interviene la infidelidad o la malicia o el vicio, lo que ha deshecho el nido, dígame se lo ruego, qué queda en esos tiernos corazones, tan abiertos a los primeros golpes de la vida, tan tenaces de las impresiones primeras que reciben? En qué van a creer esas almas si para ellos los amores de sus padres eran mentira? Esos corazones serán unos pozos de amargura.

Este. Pero, ellos se dan cuenta de eso?

Aqué. Si no se dan por algún tiempo

cuenta, ya se la darán más tarde. Será una enfermedad que los mina sin hacer ellos el diagnóstico. ¿Es menos grave una tisis porque el enfermo no la conozca?

Saliendo así esa criatura del nido paterno entra en una sociedad que le es completamente hostil. En los mercados, en los muelles, en las calles, en todas partes se siente enemigo y perseguido. Los carabineros del muelle, los disgustaos de la calle, los guardias municipales, los vendedores del mercado, los empleados de los trenes, los guardias civiles y hasta la policía secreta, los señoritos de los cafés, los transeuntes por las calles... todos se recelan de su miseria, de su pobreza y se defienden y los persiguen y hacen delito de su necesidad y por ir mal vestidos y por tener hambre y por dormir en un escalón los atan como perros y los llevan por los sitios más públicos paseándolos como botín de vencedores y los apalean y

los insultan y los meten en la cárcel por el delito de ser pobre y mendigar.

Esa. Por el delito de mendigar cuando se les niegan todos los demás recursos. Años atrás esos pobrecitos podían hacer mandados en las estaciones vender periódicos, limpiar zapatos y otros menesteres parecidos; hoy se les va imposibilitando todo con impuestos, placas y uniformes y se van apoderando de todo personas mayores que forman clase y donde los muchachos tienen otros tantos enemigos.

Aqué. Es decir, que al entrar en la vida esos hijos de Dios ha salido a recibirlos el ejército de las envidias, orgullos, suspicacias, odios, egoismos, concupiscencias, prepotencias, injusticias, durezas, crueldades y de todo lo que a los hombres ya maduros y endurecidos en la lucha de la vida hace difícil y penosa la existencia. Esos niños han recibido en sus corazones delicados ese golpe y tropel de enemigos y se han replegado sobre sí

mismo y ha condesado en una frase amarguísima todo lo que han sentido y lo que sienten. Nos miran mal, se han dicho. Y no se fían de nadie y se guardan de todos, y no esperan nada de ninguno por que saben que «nos miren mal». Es este sentimiento de que los miran mal tan hondo en ellos que el comer mal y vestir mal y dormir mal lo olvidan fácilmente, pero no olvidan nunca que los miran mal. Pobres mendigos que van por los duros caminos del vivir mendigando más que pan, y más que ropa y más que casa, van mendigando calor, estima, cariño; van mendigando que los miren bien.

Pues cuando esos mendigos del amor se llegan a una casa de caridad y misericordia, palabras que a ellos les suenan a cariño y amor como es verdad y esperan que allí los miren bien, los amen y los acaricien cualquiera comprende lo que sentirán cuando se dan cuenta en su rudeza de que

aquella casa es para ellos una misericordiosa y caritativa cárcel, de la cual si se van serán perseguidos y castigados. No hay que asombrarse de que en sus cortas luces y en su carácter rudo no sepan apreciar ciertas visitas solemnes que se les hacen ciertos repartos de dulces y juguetes ciertas manifestaciones de un cariño oficial y verdadero y al encontrarse después del acto solemne a solas con su desamparo y con los celadores que los oprimen y con los muros que los encierran en su expresión más ruda que su carácter digan que todo lo que pasó fué comedia, como V. diría como ellos dicen: «changüi».

Este. Es V. implacable.

Aquel. Yo? qué engañado está V. Yo no soy más que un débil eco de la realidad. Oiga usted dos casos auténticos y me guardo muchos que me han enseñado todo eso.

En esta misma Casa del Niño Jesús y a principios de la Obra se les dio

una comida algo extraordinaria, según la pobreza que siempre hemos tenido, y después de pasar por la mesa uno de esos cándidos que les ponderan a los pobres lo buena que está la comida, dos de nuestros muchachos que hasta entonces se habían callado dialogaron así:

—No te parece que es verdad eso?

El compañero se calló.

—Vamos, hombre, que esas señoritas nos quiere mucho. Lo que nos dan!

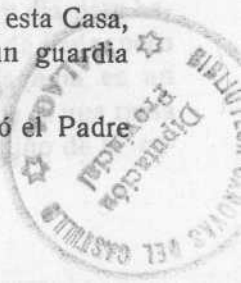
—Con lo que se quean!

Esto prueba a V. el estado de esas almas reciénvenidas de una sociedad que siempre han experimentado egoista y calculadora.

Otro botón.

Me permite V., Padre, decía un día un chava a al P. Director de esta Casa, me permite V. ir a ver a un guardia civil, que yo conozco.

—De dónde? le preguntó el Padre con cierta curiosidad.



—De que me salvó la vida.

—Déjate de cuentos.

—No, señor. Venía yo una vez en tren y muerto de hambre y frío me metí en un rincón y me senté en canto en la estación de Bobadilla. tenía yo la risa de la muerte, de que se mueren arrecíos y a guardia vino, me arreó unos corrazos, me metió en calor, me dió de mer, me salvó la vida.

—Vamos, muchacho, eso es un tico, repuso el Padre y añadió: Todos los señoritos y señoritas que bajaban del tren por la mañana, ¿no te hicieron caso?

Y poniendo aquel muchacho en expresión toda la amargura, todo tedio y desengaño de un hombre limitó a decir:

—A mí?... cá!

Así están la mayor parte de esos corazones cuando por primera vez llegan a esta Casa y a todas las Casas semejantes.

Este. De todo lo dicho deduzco yo cuan complejo es el asunto que tratamos y con cuan poca meditación se habla del niño y en particular del niño pobre.

Aqué. Así es. V. habrá seguramente oído un chiste de almanaque acerca de Buffon y de su Historia natural, que tiene mucha miga.

Este. Cuál?

Aqué. Pues que un curioso lector al ver las particularidades a que descende el naturalista en las costumbres de los animales, p. ej. de los elefantes, exclamó: O Buffon ha sido elefante o se lo ha dicho algún elefante. Para hablar de niños y de tales niños hace falta o haberlo sido, o que ellos lo hayan dicho.

Este. Cuán raro es eso! Libertad o licencia mejor dicho, hay hoy día para hablar de todo sin saber de nada, pero en lo que llaman pedagogía es un primor y en la pedagogía es una rama muy cultivada esta del niño de la ca-

lle. Y ocurre lo que tiene que ocurrir, que

si juzgan lo que no entienden claro está que juzgan mal.

Aqué. Maravillas se ven en eso. Jóvenes que se han pasado la vida entre regalos, ocios y diversiones disertar sobre el niño vagamundo a quien conocen desde las mesas de un café de la calle de Larios; hombres que no han podido nunca con la seriedad de una carrera bien estudiada tomar por materia de sus discursos los métodos de aprender; personas que no han salido nunca llevar una clase poner su especialidad en las maneras de enseñar... Ciegos que guían a ciegos... Qué es de esperar! Que los errores se perpetuen, que los fracasos se sucedan y que cada generación sea peor que la que le educó según aquellos versos tan proféticos de Horacio: La edad de nuestros padres peor que la de nuestros abuelos nos crió a nosotros más malos que ellos y que pronto hemos

de dar una descendencia más viciosa todavía.

Empero volvamos a nuestro asunto. Bien se ve que para corazones prematuramente desengañados y heridos tan duramente es contraproducente el método de encierro que tiene consigo y en sí un carácter de rigor y dureza extraordinario. Pues no lo es menos si se considera el uso que han hecho ellos de la libertad.

Este. Me parece, amigo, comprender lo que quiere V. decir. Ellos han tomado esa libertad excesiva y hasta salvaje como reacción y represalias contra una sociedad que han sentido hostil y profundamente enemiga y en el naufragio general de todos sus afectos han sacado y salvado esa libertad exagerada que los ha compensado del hambre, del desvío, del desamparo, de todo. Se ve bien a poco que se reflexione, cuánto les costará volver a la dulce servidumbre del hijo de familia y cuánto más y muchísimo más, al cau-

tiverio del encierro y de la cárcel.

Esa. Perfectamente expresado. Su leal criterio le hace comprender cosas que otras personas doctísimas no alcanzan.

Aqué. Por ahí entenderá V. la principal labor de esta Casa.

Éste. Que será, si no me engaño, empezar por rodear al muchacho del ambiente de familia, hacerle sentir esos dulces amores que le hagan amable la obediencia, la sujeción, el respeto...

Aqué. Cabalmente.

Este. Derrochar amor con los que vienen de sentir derrochar egoísmo.

Aqué. Nunca lo hubiera yo dicho tan ajustadamente.

Pues con esto queda dispuesto y allanado el camino para ponderar y justipreciar aquel famoso principio, que sirvió de origen a esta conversación.

Este. Casi lo tenía olvidado: que muchacho que se escape, muchacho que no ha de volver. ¿No es éste?

Esa. Ese mismo y nos duelen los oído de oirlo.

Aqué. Quién no conoce la parábola del Hijo pródigo, quién no se ha enternecido con ella!

Este. Aquel hijo que llora, aquel hijo a quien la calamidad abre los ojos, aquel padre tan amoroso que desde lejos le atalaya y le espera y le abre los brazos y le da el ósculo de perdón.

Aqué. Muy bien, muy rebién. Pero permítame una pregunta: ¿Quién al leer esa página evangélica piensa ni aún osa pensar que aquel padre obró mal recibiendo a su hijo?

Este. Nadie. Tanto es así que ni aún el envidioso hermano mayor se permite murmurar del hecho, murmurar del regocijo, del convite, pero no del hecho.

Aqué. Por qué?

Este. Porque al fin y al cabo el hijo venía a su casa.

Esa. Pues a su casa vuelven los que se van de la Casa del Niño Jesús.

Este. Señora, es verdad.

Aqué. Mentira parece que se olvide idea tan fundamental. Tan absurdo como nos parecería que el padre de la parábola hubiera negado a su hijo la entrada en casa o se la hubiera condicionado, tan absurdo consideramos el negarla o condicionarla en la Casa del Niño Jesús a estos pródigos minúsculos. Al fin es su casa y nosotros y las Señoras y todos los que aquí estamos somos malos sustitutivos de aquel padre modelo, pero mal y todo le sustituimos. En el momento en que proclamemos el principio de que «muchacho ido, muchacho no admitido» deja esta Casa de ser su casa de ellos, queda convertida en algo extraño, y los muchachos desde entonces ya la miran y la deben mirar como ajena.

Este. Pero algunos abusarán.

Aqué. Claro que sí. Preferible con todos es que noventa y nueve abusen del amor y de la benignidad a que uno sólo se

vea delante de su casa y con las puertas cerradas.

Este. Magnífico principio que aplaudo de corazón.

Aqué. Ni es tan difícil el evitar esos abusos. Porque no le quita nada a la pureza del principio el dilatar su aplicación, el poner medios para exitar a los muchachos a pesar y arrepentimiento, el poner a prueba su constancia, el imponerles algún saludable castigo. Todo esto se compagina muy bien con el régimen de puerta abierta por que no es más que tardar en abrirla y para exitar más el deseo de verla abierta y afirmar la constancia infantil contra lo que ellos llaman chaulauras o picáas. Caso podrá ocurrir en que se niegue del todo la entrada, por bien mayor que se pretenda, y cerrado pero nunca por el principio absoluto de «niño salido, niño que no vuelve».

Este. Convencido.

Aqué. Pues hablando con quien es tan de

los nuestros, y de lo nuestro vamos a prescindir de esa razón fundamental, que eclipsa las demás razones y vamos a examinar otras, no tan concluyentes pero que nos hace ver la materia, como hoy se dice, por otras facetas, con lo cual sacaremos si no el convencimiento que tenemos, arsenal de respuestas a las objeciones y al provecho de penetrar más y más en la materia.

Este. Con mucho gusto.

Aqué. Para ordenar nuestras ideas insistamos en la parábola evangélica y comparemos pródigo con pródigos, salida de uno con salidas de los otros y por fin desengaño y vuelta de aquél con el desengaño y vuelta de éstos.

Este. Pues empecemos.

Aqué. Para juzgar mejor pongámonos los casos prácticos delante de la vista.

(A una señal del amigo Aquél rodean a nuestros interlocutores una pila de muchachos, azules unos y multicolores otros.)

Vamos, quién de Vdes. se ha escapado alguna vez... o algunas veces?

- Fulano Yo.
- Peren. Y yo!
- El Uno Y yo!
- El d. a. Yo cuatro veces!
- Aqué. Basta ya! Ea, Fulano, ¿por qué te fuiste tú?
- Fulano Porque oí decir que en Jaén se estaba muy bien y me fuí.
- Aqué. Y qué encontraste?
- Fulano Mucha hambre y muchos palos y me vine.
- Aqué. Y tú, Perengano.
- Peren. Salí un día pá er trabajo; me entretení en la cañadú y se me hizo tarde. Me dió fatiga y no fuí al trabajo ni quise venirme a casa y me fuí al muelle. Allí me encontré con ése (señalando a El Otro, y me engrió y nos fuimos a Granáa.
- Aqué. Y qué encontrásteis en Granada?
- Peren. Mos metieron en el Hospicio y mos encerraron...
- Aqué. Allí se comía bien.
- Peren. Sí, pero mos miraban mal y mos escapamos.

- Aquél. Y ¿por qué vinisteis?
 Peren. Adónde íbamos a ir?
 Aquél. Cuánto tiempo estuvisteis por ahí?
 Peren. Quince días.
 Aquél. Y tú?
 Fulano. Un mes.
 Aquél. Y tú?
 Fulano. Dos semanas.
 Aquél. Y tú?
 El d. a. Cuatro días.
 Aquél. Saliste de Málaga?
 El d. a. No señor.
 Aquél. Por qué no viniste?
 El d. a. Me daba lacha.

(A una señal de Aquél se retiran volviendo a sus juegos o a sus quehaceres.)

Aquél. Para qué cansarle más, amigo «ab uno disce omnes»: las variantes son pocas. Que uno se gastó el jornal de la semana y le dió vergüenza volver a casa; que el otro se durmió en el cine y se quecó por ahí; que aquél se peleó en el taller... en fin, cualquier ocasión con que se despierta en ellos o la curiosidad de lo desconocido, o la

fiera independencia del atorrante, o la débil descendencia del muchacho sin voluntad y que va donde le engrien. Con esa elocuencia que tienen ellos, ceñida y nervuda decía una vez uno muy curtido en estos andares: Nada, que cuanto nos vemos con tres pesetas en el bolsillo y unos trapos limpios sobre las carnes, creemos que eso nos va a durar siampre y a la mañana siguiente ya no tenemos náa.

En esas peregrinaciones y malandanzas unas veces pierden la primera noche el dinerillo que llevaban en los bolsillos, la gorra, las botas o las alpargatas y hasta la chaqueta y los pantalones. Por ahí anda uno y más de uno, que para evitar esos saqueos nocturnos anduvo una noche en que se salió de casa sin atreverse a pegar ojo de banco en banco del Parque. Pues cuando se deciden a tomar por asalto un furgón de cola, o una garita o la perrera de un tren ¿qué padecen? o mejor, qué no padecen? cómo pa-

gan la «chalaure» de irse? Palos en las estaciones, palos de la guardia civil, y malos tratos de todos. Hasta los que les dan los restos de una merienda o las sobras de sus comidas se las dan sahumadas con los más molestos epítetos y calificativos. Claro está, dentro de pocos días casi todos vuelven con hambre, sucios, rotos y no dicen más que esta palabra sin respuesta. Y adónde voy a ir?

Este. Es, verdad, eso no tiene respuesta. Adónde van a ir sino adónde hallan calor, adónde van a ir sino adonde los miran bien, adónde van a ir sino a su casa?

Esa. V. lo ha dicho, a su casa; a la Casa del Niño Jesús. Pues considere usted también siendo esta Casa la Casa de los que no la tienen, va a cerrarse a piedra y lodo a esos infelices que cuando vuelven a ella son tan desgraciados o más que cuando vinieron por primera vez.

Aqué. Exactísimo. Si por esos turismos y

por esas andanzas hubieran encontrado la tierra de Jauja o un premio de la Lotería... pero si lo que han encontrado ha sido calamidades y hambres y miseria y palos y persecuciones como a perros...

Este. Mas el pecado que cometieron al irse?

Aqué. Pecado, pecado! qué pronto se desenvaina el rigor contra el pobre! ¿qué pecado es ese? A lo sumo, pecado contra sí mismo, privándose de una comodidad material, de un bienestar modesto, por una locura del momento, por un aturdimiento de una hora. Pues, dígame por su vida, si tal pecado lo vamos a castigar con el abandono irremediable, ¿qué guardamos para la vida de crápula de muchos señoritos bien? para las infelicidades de muchos señores y señoras de lo que se llama buena sociedad? Pero sin llegar ahí, dígame qué maestro te cerrará su aula a los que hayan una o dos veces contado sus estudios o de-

jado de asistir a ella? qué cocina económica dejará de dar la ración a los que no hayan ido a comer todos los días del año? qué tienda o comercio se negará a vender a los que hayan ido a comprar a otra parte?

Yo conocí un gran señor que tenía como sistema que sus hijos estudiaran cada año en un colegio de España o del extranjero para que cobraran y ganaran amigos en todas partes y por esta manía o sabiduría, como se quiera, iban sus hijos e hijas estudiando un año en Madrid y otro en París y otro en Londres y otro en Sevilla, o en Copenhague y a veces tenían que volver y repetir alguno de los Colegios de la rueda y nunca oyeron decir: Caballero, ese mozo o esa mocita o su hermano han estado ya en este centro de enseñanza y niño que se va, niño que no vuelve.

Éste. Pero se despidieron cortésmente.

Aqué! O no, que de todo hay. Y aunque así fuera, va V. a hacer estribar una

resolución tan grave como dejar a un pobre sin amparo de la circunstancia y formalismo de una despedida?

Ésa. Despedida que muchas veces no hacen por vergüenza, por empacho, por aturdimiento.

Aquél. Pues es muy de considerar lo que esa criatura, rechazada por todos, sentirá cuando detrás de ella se cierra la única puerta que había conocido amiga y delante se encuentra con el cielo sobre sí y la tierra a sus pies, sin una cara amiga y sin más recurso que mendigar o entregarse a la policía y todo eso por el delito no catalogado aun en el Código de haberse salido sin despedirse de una Casa donde estaba voluntaria y libremente.

Este. Pero estaba gratuitamente y su salida fué una ingratitud.

Aquél. ¡Ya! ¡ya! Ingratitud! Ay, amigo mío; el que no haya sido nunca ingrato con Dios, que es el sumo Bienhechor, que sea el primero en condenar a esos infelices pequeños: el que no

haya sido ingrato con sus padres, con sus amigos, con muchos otros que habla. O es que la ingratitud es planta de cosecha tan opulenta? Hablen los maestros, los superiores, los ricos, los pobres y digan dónde no encuentran muchas ingratitudes.

Éste. La caridad las perdona.

Aquél. Pues, amigo, hagamos también las obras de caridad con caridad.

Este. Me parece ver mucho en esa frase hacer las obras de caridad con caridad.

Aquél. Hay tanto que estoy por decir que ahí está todo.

Esa. Ciertamente que cuando hacemos una obra de caridad, creemos que debemos hacerla con justicia, con rigor, con todo menos con caridad, nos parece que estamos relevados de cualquier otro respeto. El que hace una obra de caridad ha de tratar al que la recibe con dureza, se la ha de refregar por los ojos, ha de querer y exigir una gratitud muy grande, ha de enterarse

del empleo que hace de ella, y ha de portarse con tales formas que quitan la gana de recibirla o de volverla a pedir.

Aqué. No saben Vdes. el cuento del fraile a quien afeitaban por amor de Dios?

Ésa. Si V. nos lo cuenta...

Aqué. Pues lo contaré. Se cuenta de un fraile o ermitaño, o lo que se quiera, que llegó a una barbería pidiendo que por amor de Dios le afeitaran porque tenía recia y muy crecida ya la barba. Entre refunfuños accedió el barbero y sentó al religioso en el banco de la paciencia. Le enjuagó sin jabón y abriendo una navaja a que dió dos o tres pasadas por la correa, charlando y riendo con los otros parroquianos que esperaban turno, empezó la operación. Sintió el pobre fraile la dureza de la navaja y después que le corría el sudor y la sangre por la cara y aun cuentan algunas versiones que un perrillo que tenía el barbero se acercaba moviendo la cola

como esperando alguna piltrafa. Seguía el martirio y la víctima no podía contener el llanto de los ojos, ni la sangre de las mejillas. En esto se oyeron en la calle los aullidos y ladridos de un pobre perro y el figaro levantando la navaja y cesando un instante en su faena preguntó: Qué le pasa a ese animal? Y aprovechando el fraile la ocasión respondió con voz lastimera y magullada: Nada, que lo estarán afeitando por caridad.

Como cuento, pase: quisiera Dios que no tuviera ninguna realidad.

Éste. Determinemos bien lo que pide la caridad, porque es común decir y pensar que para la caridad basta cualquier cosa.

Aqué. Es común el dicho, pero los ejemplos de los Santos nos dicen otra cosa. Famosos son en la historia los ejemplos de S. Martín que partió su capa con un pobre, de S. Gregorio Magno, que aun siendo Papa sentaba a su mesa doce pobres, de S. Pedro

Canisio que quiso celebrar sus fiestas de sacerdocio comiendo con los pobres y sentando los pobres a su mesa, de Roberto el Piadoso que tenía como guarda de su persona doce pobres que le precedían y quien en todos sus convites invitaba a los pobres y, por acabar, de Sta. Isabel de Hungría que curaba en su propio lecho a los leprosos. Pero, en fin, cierto es que el pobre y el no pobre, todo aquél que reciba algo gratuito ha de agradecer lo que recibe y no llorar por lo que le falta, porque de todos éstos y a todos éstos se dijo que: A caballo regalado no hay que mirarle el diente.

Ésa. Por eso en esta Casa se les predica a los niños que sean agradecidos por lo que tienen y no exijan, ni se quejen de lo que les pueda faltar.

Éste Lo cual es principio de gratitud común a todos los que reciben algo.

Aquél. Así es, más como somos tan interesantes y egoistas ese principio de clavo pasado, nos hace caer en el

abuso de decir: Es una obra de caridad, es algo para los pobres y se contentan con cualquier cosa. Lo cual muchas veces vale tanto como decir: Ellos ni me lo han de pagar, ni me lo han de rechazar, démosles cualquier cosa y de cualquier modo. No nos acordamos que es Jesucristo quien nos lo recibe y que nos repite lo que en otro tiempo decía a los sacerdotes de Aaron que le ofrecían reses cojas, tuertas, sarnosas y lisiadas. Andad y ofreced esos dones a vuestros mayores y si ellos os los admiten, yo también os lo admitiré, dice el Señor.

Pues eso es lo primero que nos enseña lo de hacer las obras de caridad con caridad, es a saber, que lo que se ofrece se puede presentar con amor y decoro a una persona amada. Anda, podríamos decir a esas personas, anda y ofrece eso; esa comida, ese vestido, ese trato, ese gesto, ese castigo, esa reprensión, esa alabanza, ese consuelo, lo que sea; anda y ofrécelo a tu

amigo, a tu madre, a tu bienhechor, a tu superior, y si él te lo recibe, entiende que para el pobre está también de recibo; entiende que si aquello es un don dado a cualquiera con amor también lo será siendo obra de caridad. Éste. Pero entiendo que mayores abusos hay en el modo.

Aquéel. Dejando a un lado la apreciación de más o menos, es verdad que los hay. Tratándose de pobres y de niños parece que toda prepotencia, todo dominio, toda intolerancia, toda impaciencia ha de ser permitida. Si se les reprende, la enmienda tiene que venir enseguida; si se les castiga, ha de ser para que escarmienten y no lo vuelvan a hacer; si faltan a de suponerse que se quieren burlar; si nos hablan se les ha de exigir un respeto rayano en la esclavitud; toda molestia que nos causen es intolerable; toda falta de cortesía en ello es criminal; toda falta de educación, casi casi presidiable.

Este. Cuántas veces he pensado yo que la vida se nos haría intolerable si las familias fueran asilos.

Aqué. Es que olvidamos las leyes del amor y de la caridad. S. Pablo nos dice maravillas de la caridad; que es paciente, que es benigna, que es cándida, que es desprendida, abnegada, olvidada de sí, bien pensado etc. etc.; empero no es necesario ir a S. Pablo para comprender lo que es el amor. Qué amor hay verdadero que no espere contra toda esperanza? que no interprete bien las acciones contra toda probabilidad? que no sufra y aguante sobre toda paciencia? El amor no se cansa, el amor no olvida, el amor no se sonroja, el amor no se acobarda, el amor no sabe lo que es orgullo, el amor no se pica, el amor no envidia, el amor cubre los defectos, el amor pondera lo bueno, el amor se olvida de sí y hasta en la muerte se alegra. ¿No es verdad?

Este. Las aplicaciones son claras. Haga-

mos las obras de caridad con caridad; tratemos a estos hijos de Dios con amor y seremos pacientes, benignos, magnánimos, sinceros en su trato, disculparemos sus defectos, elogiaremos sus virtudes, cubriremos lo malo, ponderaremos lo bueno que tengan, esperraremos su enmienda en las recaídas, aceptaremos sus disculpas, oiremos sus excusas, perdonaremos sus ofensas y los recibiremos en Casa no una vez ni siete, sino setenta veces siete.

Aquél. Magnífico, amigo mío, magnífico. Sólo tendrá ese programa de bondad una aparente excepción.

Esa. Cuál?

Aquél. Cuando ese amor, esa caridad nos obligue a un forzado o real vigor, para nosotros más áspero que para ellos mismos.

Este. Me parece que agota V. la materia.

Aquél. Ni con mucho, amigo, ni con mucho. Porque si miramos a estos muchachos con ojos esclarecidos por la fe y por la sana filosofía nos encon-

traremos deudores y por mucho de ellos.

Esa. Si quisiera V. declarar más eso?

Aqué. Con mucho gusto, señora. No hablo de que por ellos y precisamente porque ellos no nos pueden pagar se hace Jesucristo y su Padre Celestial nuestros pagadores y nos pagarán en su moneda y a su modo, que es el modo de Dios, a lo Dios. No hablo del ciento tanto en este siglo y después la vida eterna. Hablo de muchas otras cosas que debemos a estas criaturas. Las limosnas que nos vienen para que nosotros tengamos el placer de dárselas los consejos que Dios nos inspira para que nosotros se los comuniquemos, los peligros y dificultades de que nos libra constantemente por amor de ellos, la salud que les da y que para nosotros es un grandísimo bien; el amor de que esta Obra se ha visto siempre rodeada en Málaga y fuera de Málaga, los ejemplos que ellos nos dan de humildad, obedien-

cia, cariño y paciencia ¿no creen que son beneficios que nos hacen ellos a nosotros y que nos hacen copiosamente, constante y continuamente?

Este. Mirándolo así que es como se debe mirar el proceder de los Santos con ellos no parece exageración.

Aqué. Así lo creo. Cuando S. Francisco de Sales hablaba a los pobres descubierta cuando S. Vicente de Paul los tenía por sus señores cuando S. Juan de Dios gritaba por Granada. Ricos dad para vosotros mismos; cuando el pobre Padre, Claudio Bernad, andaba por hospitales, hospicios y cárceles besando los pies de tantos infelices, cuando Sta. Isabel de Hungría servía de ropillas a los Leprosos, cuando S. Oswaldo de Worcestre escogió para morir el momento en que a los pies de los pobres acababa de lavárselos, nada hicieron que no fuera una lógica consecuencia de los principios racionales y sobrenaturales de la fé. Todo eso se debía a los miembros de Cristo, a las

imágenes de Cristo, a los sutitutos de Cristo en esta vida.

Este. Convencido: cuénteme V. por su cooperador de la Obra.

Esa. Jesús Niño y Pobre se lo recompensará.

Paréntesis

Está. Mis buenos amigos, quisiera pedirles un favor.

Esta. Concedido.

Aquel. Firma en blanco.

Esta. Hasta escuela de niños se va a la Casa del Niño Jesús.

Esta. Y *Paréntesis* la corteza del brazo de la catástrofe.

Aquel. A su viejo le va a repetir muchas veces que los Santos no se van a la gloria; sino humildad y caridad, que es no sólo tener la fe, sino el amor.

Esta. Así es. Pues mi recomendación es que echemos un párrafo sobre semejante planta.

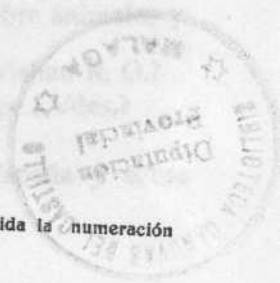
Aquel. A propósito de la herida.

Esta. Cabal. Qué las pases.

Aquel. Y a V.

Esta. Oportunamente. En E.

Por un error de caja ha sido repetida la numeración en las páginas del «PARENTESIS».



Imágenes de Cristo, a los santos de
Cristo en esta vida.

Ente. Convencido: cuéntame V. por su
cooperador de la Obra.

Esa. Jesús Niño y Pobre se lo recom-
pensará.

PARENTESIS

Continúa en la página 10

Paréntesis

Este. Mis buenos amigos, quisiera pedir-
les un favor.

Esa. Concedido.

Aquél. Firma en blanco.

Este. Hasta escuela de cortesía va a ser
la Casa del Niño Jesús.

Esa. Y cuando no anduvo la cortesía
del brazo de la caridad?

Aquél. A un viejo le ví yo repetir muchas
veces que los Santos no tenían corte-
sía, sino humildad y caridad, que es
no sólo tener la flor, sino el árbol.

Este. Así es. Pues mi pretensión es que
echemos un párrafo sobre animales y
plantas.

Aquél. Aproósito de la novísima R. O.?

Este. Cabal. Qué les parece a Vdes.?

Aquél. Y a V.?

Este. Oportunísima. En España y sobre

todo en Andalucía era muy necesaria. Ya la costumbre nos había quitado cierto horror y aún veríamos con indiferencia esos espectáculos repugnantes de los caminos, esas sobas dadas a los animales con sinfonía de blasfemias, esos juegos salvajes de echar a pelear gallos o gatos y perros, de clavar murciélagos en la pared para ejercitar la puntería; esas valentías y guapezas de matar gatos y perros con lazo o con piedras y otras maneras parecidas. Ya parecía como que no se sublevaba nuestro corazón delante de esas bestias flacas y encanijadas reventando con carga mayores que sus fuerzas o viendo esos perros callejeros famélicos y sin dueño echados porpor ahí para que se buscaran la vida... En fin, que esa R. O. me ha parecido oportunísima.

Esa. Como mujer dicho se está que comparto tales sentimientos. Siempre, desde chicos, hemos oído y sabido aquella famosa aleluya, creo que del barón de Andilla, que dice:

quien maltrata a un animal
no muestra buen natural.

Y como mujer cristiana no se me olvidan los hechos de los Santos que leemos en el «Año Cristiano». Los Santos han defendido siempre a los animales de la crueldad de los hombres y son famosos los ejemplos de San Francisco, protegiendo al hermano Lobo, de San José de Cupertino a quien buscaban las liebres y pájaros para guarecerse en sus hábitos de los cazadores que los perseguían. Clemencia que es admirable, pero que no la creo obligatoria.

Aqué. Ni mucho menos. Es verdad que Dios en las Sagradas Escrituras nos inculca la vida de los animales y que pone como nota y distintivo del hombre malo la crueldad-Prov. 12,10; pero esto se hace, como expone S. Tomás «o para quitar y apartar los corazones humanos de toda crueldad que con los semejantes se ejercita, no sea que alguien acostumbándose a ser

cruel con los animales lo sea también con los hombres o porque las lesiones de los animales causen daño a los mismos hombres. - Sum. contr. Gent. III. c. 112. Hoy día, el ambiente materialista que nos rodea es peligro de una sensiblería morbosa, que lleva a tristes equivocaciones.

Este. De todos modos, útil será que se cumpla esa R. O.

Aquél. Muy útil, precisamente por la razón que da Sto. Tomás. Porque si el que es cruel con los animales aprende a ser cruel con los hombres, por idéntica razón seguirase que el que aprende a ser suave con los animales será clemente y caritativo con sus semejantes. Empero toda regla tiene sus excepciones.

Este. Y en éstas cuáles son?

Aquél. La triste experiencia nos las da. Tiene usted ahí la protestante Inglaterra, de quien esa R. O. está trasplantada, que con toda esa suavidad, dulzura y miramiento con los bichos

todavía es cruel, muy cruel con los hombres.

Este. Si es cierto lo que se cuenta de sus colonias...

Esa. Y de la metrópoli: de Londres mismo, donde encierran a los pobres en depósitos y los hacen trabajar a latigazos...

Aquél. Aunque todo los casos no sean verdad, lo será siempre el espíritu que domina en todos esos usos que es espíritu protestante y sin verdadera caridad y por ende espíritu cruel como el que ha dominado siempre a los herejes.

Esa. Cuál es ese espíritu?

Aquél. Es espíritu de utilitarismo refinado, o de una sensiblería exagerada que llevará después a alguna Miss a dar chocolate con bizcochos a su doguito mientras deja morir de hambre a los hijos de Dios.

Este. Muchísimos casos se cuentan parecidos.

Aquél. Para nosotros, para esta Casa con-

tiene la R. O. apreciables enseñanzas. Esa. Señálenos V. algunas.

Aqué. Son obias. Las prohibiciones multadas en la R. O. son: 1.^a Pegar a los animales con palos y objetos duros, darles de puntapiés, o martirizarlos de cualquier manera y si son sus dueños tolerar tales malos tratamientos. 2.^a suministrar drogas o hacer operaciones quirúrgicas mal preparadas o tolerar todo eso cuando se trata de animales no dañinos. 3.^a Poner trabajo a los animales que no pueden llevar por enfermos, o apalearlos cuando han caído bajo la carga. 4.^a Apedrearlos, echarlos a pelear, atarles mazas o verter sobre ellos agua hirviendo o corrosiva. 5.^a Abandonar animales en casas desalquiladas o en la vía pública, matarlos o maltratarlos. 6.^a Cuando son transportados llevarlos atados violentamente, no darles de beber y comer a su debido tiempo... 7.^a Cooperar a todo lo dicho por negligencia culpable.

Esto por lo que hace a los animales. Pues ahora, discurramos, amigos míos y preguntemos si a los niños, a los chaveas se les puede tratar como bajo multa no se puede tratar a los perros y a las caballerías.

Una triste realidad nos dice que a los niños se les pega no «con fustas sujetas a mangos cortos y flexibles» como pide la R. O. para los mulos y los asnos, sino con varas y palos y vergajos y con lo que se halla a mano hasta con los martillos de una fragua o las patas de una silla. Muchas veces vemos por nuestras calles míseros aprendices cargados o mejor, doblados con la caja de las herramientas o con barras de hierro y tablones o sacos de cemento, mientras a dos pasos de ellos van los oficiales o maestros con un cartabón y una regla en la mano, si no van fumando o charlando.

Y no es método en algunos sitios usado con desdichada frecuencia el

— echar a puntapiés a los muchachos, el apalearlos cuando no llevan la cantidad de colillas o de perras que les han asignado, el azuzarlos para que se peleen por divertir a los demás, el descoyuntarlos para que se ganen dinero, con otras mil atrocidades no menos indecorosas que crueles? Multados serán los que no dan de beber a los animales que transportan y ya quisieran nuestros chavesas que si quiera de beber les dieran en veinticuatro horas cuando los detienen acá o allá por los enormes delitos de viajar en perrera o mendigar en la vía pública Finalmente, castigados serán y bien castigados los que echan a la calle un perro o un gato porque no pueden darle de comer, pero todos los días se están viendo niños de 12, 14 o 15 años echados a la calle porque su padre o su madre se ha ido a Ceuta o Melilla o se ha quedado en su casa con alguien que es un criminal y que exige el sacrificio del hijo. Por último,

la ley castiga no sólo a los que directamente cometen esos abusos, sino a los que lo saben y por negligencia culpable los toleran.

Esa. A la luz de esa R. O. se conoce cuan desgraciados son los muchachos pobres menos defendidos que los perros y los gatos.

Este. Se nos vienen a la memoria unos renglones bien acerbos de «La Europa Salvaje».

Aquéel. Cuáles?

Este. Si bien me acuerdo traza allí el autor el cuadro de los mimos repugnantes de que es objeto un feísimo y monísimo perrito en la falda de una señora que de su mano le da dulces en un departamento del tren mientras detrás de los cristales de la ventanilla asoma la desgredada cabeza de un hambriento y tiritante chavea que mirando con ojos envidiosos exclama:

—Quién fuera perro!



ÍNDICE

Páginas

Diálogo tercero	7
Diálogo cuarto	33
Intermedio	53



OBRA NUEVA
LAS SIETE PALABRAS
DE N. S. JESUCRISTO
EXPOSICIÓN Y CONSIDERACIONES

POR EL PADRE

JOSÉ MANUEL AICARDO

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

UN VOLUMEN DE UNAS 250
PAGINAS, 3.50 PESETAS

Mod. 927

